

DE AMOR Y OTROS ENTUERTOS

Era 1920 en aquel olvidado pueblo de Flores Secas, abandonado de la mano de Dios, ubicado al pie de la sierra, muy caluroso en verano y terriblemente frío en invierno. De unas pocas casas viejas y deslucidas, una iglesia, la plaza abandonada y solitaria, y una pequeña fonda, donde se albergaba algún pasajero perdido o desorientado que sin querer o por error había entrado al lugar. En ella se ofrecía algo de comer y cuartos compartidos, oscuros, húmedos y sin ventilación. Esa mañana tranquila de otoño, doña Gertrudis, dueña de la fonda, fue a limpiar el cuarto, que la noche anterior había ocupado esa parejita que la llenó de resquemor y a la que todavía no le había tomado los datos.

Al llegar al cuarto, vio que la puerta estaba entreabierta, todo oscuro y en silencio. Miró desde el umbral: sobre la cama un cuerpo inerte, sin vida. No había luz natural. Espantada ante el espectáculo, salió corriendo del cuarto. Pronto se llenó de curiosos y un policía, que era toda la autoridad del lugar.

La escena era repugnante, el olor a sangre era nauseabundo. El frío de la muerte parecía pegado a las paredes.

El hombre, que la noche anterior había arrendado el cuarto, estaba amoratado por los golpes y dejaba ver sus ojos abiertos con la mirada clavada en el techo; un gesto de terror en su cara reflejaba dolor, sufrimiento y tornaba la escena aún más escalofriante.

La sangre, ya seca, parecía haber emanado a borbotones a causa de tantas puñaladas; las sábanas estaban teñidas de un color rojo profundo.

El agente se acercó haciendo uso de su autoridad: “dejen la escena del crimen, salgan todos. Por radio ya avisé al comisario de Chancarita y debe estar al llegar”.

Todos se retiraron asustados. ¿Un asesinato en Flores Secas?

Mientras llegaba el comisario Estanislao López, el agente Ruperto comenzó con su procedimiento de rutina. Antes de revisar el cuarto habló con doña Gertrudis, para conocer los datos del muerto. Datos que la mujer había dejado para el día de hoy; solo pudo informar que pagaron una habitación cuádruple aunque eran dos. Luego sí echó un vistazo al cuarto: había cuatro camas. Dos de ellas desarmadas y revueltas, en una se encontraba el cuerpo del joven asesinado. Las otras dos prolijamente ordenadas, tendidas como si nadie las hubiera tocado; al costado una palangana enlozada con un poco de agua sucia, de quién sabe quién. Dos toallas tiradas sobre el piso de madera gastado. Una con la suciedad propia del uso y la otra con sangre, todavía húmeda. En el piso se veían pisadas de tierra seca y una pequeña alfombra que parecía haber sido de colores claros, pero que ahora era de un bordó profundo. Hacia un

rincón, en el extremo del cuarto, un ropero viejo con dos puertas espejadas. En la pared colgaba un cuadro de San Benito, con pasos notables de humedad, deteriorado y con algunas rasgaduras. ¿Qué casualidad? El santo que protege de las tentaciones, del demonio. Y ese día allí parecía que el demonio había estado presente y San Benito no lo había visto, no pudo ayudar, por lo menos al muerto.

Un golpe volvió al agente a la realidad. Había llegado López. Dirigió una mirada a la escena y haciendo un gesto de soberbia se llevó al agente para afuera. “Oiga Ruperto, -dijo con voz autoritaria- no se preocupe que esto ya está resuelto, listo el pollo y cerrado el caso”.

Ruperto, que no estaba acostumbrado a renegar con asesinos, sino más bien con alguna ratería sin importancia como gallinas robadas, algunos choclos sacados de un sembradío cercano, o macetas sustraídas por envidia, abrió los ojos desorbitado y preguntó:” ¿Qué dice Comisario? ¿Cómo que está cerrado? ¿Qué pasó? ¿Qué fue? No entiendo nada”.

El comisario lo tomó de un brazo, se lo llevó al comedor de la fonda y, caña de por medio, hizo el siguiente relato:

“Tuvimos suerte Ruperto. Ayer a la noche, como a las doce más o menos, salí a hacer el recorrido por Chancarita y me sorprendió una mujer vestida de negro que entró súbitamente a la iglesia. Me llamó la atención por la hora y porque era foránea. Después pensé que ese era el único lugar abierto durante todo el día y gratis. Seguí dando unas vueltas y como la moza no salía decidí entrar. La vi arrodillada, con el rostro desencajado, bañado en lágrimas; la cara a medio tapar con una mantilla negra que le caía desde la cabeza hasta los hombros. Su sollozo era tan sentido que me acerqué. Vi que era una mujer joven, linda y pregunté qué le pasaba, si necesitaba algo. La mujer poniéndose de pie y con un grito desgarrador, exclamó: “lo maté, lo maté, el Tatita me perdona”.

Y bue... la llevé para la comisaria. Después de darle un vaso de agua, varios en realidad, secarse sus lágrimas y al parecer más tranquila, comenzó a desembuchar. Sin más ni más me confesó todo. Esta mujer es de Buenos Aires. Juliana Salinas es su nombre. Está casada con Miguel Sosa. Un buen matrimonio. Tres hijos. Pero parece que el diablo metió la cola. El marido tenía un ayudante en la carpintería que estaba al fondo de su casa. Se llamaba Roberto, muy joven, veinticinco años, pintón. Comenzó a arrastrarle el ala a la moza que por la rutina, el cansancio o yo qué sé, le comenzó a monear. Y bue... terminaron enredados unos pocos meses hasta que la mujer le puso punto final. Tuvo miedo que su marido se enterara. El joven no quiso saber nada. Renunció a su trabajo, pero no dejaba de hostigarla de todas formas y de amenazar con contarle todo al marido.

La mujer desesperada armó un viaje de amantes fugitivos, tomó un pequeño bolso, y partió con el joven en tren hasta Chancarita. Al llegar partieron hasta acá en un sulky que le

arrendaron al Rosendo. Llegaron hasta la fonda, tomaron el cuarto que era para cuatro personas pero pidieron estar solos, por lo que pagaron por cuatro.

“Sí, sí, esto es así, doña Gertrudis me lo confirmó”, dijo Ruperto absorto.

“Hicieron el amor. –continuó López- El amante se durmió y ella aprovechó. Sacó del bolso una maza pequeña de madera con la que acostumbraba a tiernizar la carne y le dio un mazazo en la cabeza. Éste despertó atontado, sorprendido, dolorido... según palabras de la moza. Intentó bajarse de la cama y recibió dos o tres golpes más; ella no sabe cuántos con exactitud. Luego con frialdad, fue nuevamente al bolso, sacó un cuchillo grande y filoso, y entró y salió tantas veces del cuerpo del joven como sus fuerzas se lo permitieron. “Lo hice por mis hijos”, dijo.

Y de allí no recuerda ni en qué ni cómo llegó nuevamente a Chancarita. Quizá corrió desahogada ante tan tremendo hecho, ya lo averiguaremos, la cosa es que ni doña Gertrudis la vio salir. Y eso es todo.

El agente quedó tan sorprendido con el relato que no podía creer lo escuchado. Se levantó. Saludó al comisario, no sin antes arreglar, que iría a revisar el cuarto y juntar las pruebas para el forense. Entró nuevamente al lugar del crimen. Ruperto echó un vistazo. Vio que todo estaba igual a como lo había dejado. Cerró los ojos del amante, lo tapó con una sábana blanca de las camas que estaban tendidas. Abrió el ropero que se encontraba en el extremo del cuarto. Allí estaba el bolso del que hablaba la mujer en su confesión. Había una muda de ropa, y en el fondo una maza y un cuchillo grande y filoso, ensangrentados y con restos todavía húmedos, los tomó, los envolvió con la toalla que estaba en el suelo, apagó la luz y cerró la puerta. Ya vendría el carro de la sala de primeros auxilios de Chancarita a llevarse el cuerpo.

Se dirigió a su pequeño despacho de agente, donde él, no solo cumplía sus funciones, sino también tenía un cuarto para dormir y un baño para asearse. El día había sido largo. Raro. Poco habitual. Colocó las pruebas sobre una mesa. Prendió el viejo calentador, puso la pava, preparó el mate, encendió la perilla de la radio a baterías, se sentó en el sillón donde se solía sentar el comisario cuando venía a Flores Secas y con los pies sobre un viejo escritorio dijo: tarea cumplida.